

LAS REVISTAS *TALLER* Y *TIERRA NUEVA*:  
NUEVA GENERACION, NUEVAS INQUIETUDES

POR

MANUEL DURAN  
*Yale University*

El punto de partida casi obligado en un estudio de estas dos revistas, el enfoque más obvio, sería contrastarlas y oponerlas a la revista *Contemporáneos* (1928-1931): esta última representaría sobre todo una actitud esteticista y universalista, mientras que *Taller* (1938-1941) y *Tierra Nueva* (1940-1942) expresarían las inquietudes de una generación más joven y más preocupada por los problemas sociales, llegando incluso a defender posturas verdaderamente revolucionarias.

La realidad, sin embargo, viene a ser un poco más confusa y difícil de resumir. Como he escrito en otra ocasión,

... no es que *Contemporáneos* estuviera totalmente al margen de la política; los intelectuales mexicanos de entonces y de hoy han estado con frecuencia asociados a la Administración, a la burocracia gubernamental. Uno de los fundadores de la revista, Bernardo Gastélum, era director del Departamento de Salubridad; una subvención vino a resolver el problema económico de la revista desde el momento en que se fundó; más tarde, después de publicados ocho números, la política vuelve a afectar la existencia de la revista, a ponerla en peligro momentáneamente: "Los cambios políticos en el gobierno mexicano, causados por el asesinato del presidente Obregón en julio de 1928, y la elección de Emilio Portes Gil como Jefe de Estado, afectaron la publicación de los últimos treinta y cinco números de *Contemporáneos*. Como resultado del cambio político, Gastélum perdió la dirección del Departamento de Salubridad y, acompañado por González Rojo, se dirigió en misión diplomática a Italia. Otra figura central en las actividades del grupo, Torres Bodet, aceptó un puesto diplomático en París. Después de esta repentina pérdida del patrocinio del Departamento de Salubridad y la ausencia de algunos de los editores, la dirección de *Contemporáneos* fue delegada a Ortiz de Montellano. El financiamiento de la revista fue asumido por Genaro Estrada, secretario asistente en la Secretaría de Relaciones Exteriores". (Edward J. Mullen, *Contemporáneos: Revista mexicana de cultura*, Madrid, Anaya, 1972, pp. 20-21). Y la muerte de la revista es resultado directo de cambios en la administración y en la política, señala Salvador Novo: "Su repentina

suspensión se debió a que simultáneamente ingresaron en el servicio diplomático los principales autores de su publicación y se alejaron de México". (Carta de Novo a Mullen, 30 de junio de 1967, cit. por Mullen, p. 25 del libro antes mencionado). Ermilo Abreu Gómez la explica en forma ligeramente distinta: "los cambios políticos dieron al traste con la revista. Ya no hubo dinero para sostenerla". (*Las revistas literarias de México*, p. 183)<sup>1</sup>.

Todo lo cual equivale a decir que la situación política es una constante: forzosamente ha de pesar en una forma o en otra en la creación y la continuidad — o falta de ella— de las revistas literarias en México. Pero la política puede asumir muchas formas. En los años en que se publica *Contemporáneos*, años tensos, difíciles, años de iglesias vacías, de crímenes políticos, de caciques y de cristeros, todo el horizonte político ha quedado enturbiado por el asesinato de Obregón, la subida al poder de Calles, y la persistencia del poder de Calles durante el período de Portes Gil, lo cual traicionaba el principio revolucionario de la no reelección del Presidente; el gobierno se desplazaba cada vez más hacia una postura derechista y autoritaria; en el terreno social la Revolución había quedado paralizada. No es de extrañar que los principales colaboradores de *Contemporáneos* trataran de mantenerse al margen de la política, buscaran desesperadamente cualquier torre de marfil que los elevara por encima de un ambiente asfixiante, y terminaran por hallar refugio, muchos de ellos, en la diplomacia que los alejaría por algún tiempo del país. La situación en 1938 es muy distinta. Lázaro Cárdenas había sabido renovar los ideales revolucionarios. El reparto de tierras y la creación de ejidos abarcaba ahora una parte muy considerable del país. Los sindicatos obreros pesaban cada día más en la vida industrial. Comenzaba la expansión desenfrenada de la ciudad de México. La nacionalización del petróleo exaltaba el orgullo nacionalista y permitía pensar que México iba a ser cada vez más el dueño de su propio destino. Si en la actuación de los escritores de *Contemporáneos* pesaba con demasiada frecuencia la política en su sentido personalista y de administración, las nuevas generaciones estaban ahora más interesadas en una política de ideas, de ideales, de principios. No hay que olvidar que nos hallamos ahora al final de la década de los años Treintas, en la que se agudizan los problemas internacionales dominados en casi cada caso por actitudes de tipo político. Hitler ha subido al poder, en la Unión Soviética el stalinismo ha iniciado su persecución contra los trotskistas —que culminará con el asesinato de Trotsky en México— y las purgas, que se inician en 1936, año fatídico en el que comienza la rebelión franquista y la guerra civil española, de hondas repercusiones en México y en otros países. Esta

<sup>1</sup> Véase mi *Antología de la revista Contemporáneos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1973, pp. 15-16.

guerra, presagio de la guerra general que se avecinaba, junto con la formación del Eje Berlín-Roma, y la anexión de Austria y luego de Checoslovaquia, politizaron rápidamente las juventudes de México: lo mismo ocurría en otras partes. Una actitud olímpica como la que representó *Contemporáneos* carecía de sentido. Cuando Octavio Barreda quiso fundar una revista que continuara los ideales de *Contemporáneos* —y lo consiguió: esa revista fue *El hijo pródigo*— fue a pedirle ayuda y colaboración a Ermilo Abreu Gómez, recibió de éste una respuesta agriamente negativa: “Amigo Octavio, si se trata de una continuación de *Contemporáneos*, capilla hermética y europeizante ... una revista así carece de sentido en nuestro medio. Es necesario hacer otra cosa. Hace falta una revista más de acuerdo con la realidad de México, de la tierra y de los hombres”<sup>2</sup>.

Y, en efecto, el momento histórico exigía una actitud más comprometida. Dejemos hablar a Carlos Monsiváis, que es siempre buen definidor de movimientos y circunstancias históricas:

En los treinta, lo inevitable es la toma de conciencia. Los treinta, internacionalmente, es una década proletaria, la era de las novelas de Steinbeck y los procesos de Moscú, del New Deal y las guerras de Abisinia. Sobre todo, los treinta es la guerra de España. En torno a este gran momento histórico se sitúan y se definen todos los escritores sin excepción. Una revista, *Taller* (1938-1941), dirigida en su primera época por Rafael Solana, agrupó a la nueva generación: Octavio Paz, Efraín Huerta, Rafael Vega Albela, Alberto Quintero Alvarez, Neftalí Beltrán. Su propósito era modificar al hombre y a la sociedad. “Para nosotros —explica Octavio Paz— la actividad poética y la revolucionaria se confundían y eran lo mismo. Cambiar al hombre exigía el previo cambio de la sociedad ... (se trataba) de la imperiosa necesidad, poética y moral, de destruir a la sociedad burguesa para que el hombre total, el hombre poético, dueño al fin de sí mismo, apareciese ... para la mayoría del grupo, amor, poesía y revolución eran tres sinónimos ardientes”. Más segura de su realidad artística, la generación de *Taller*, pudo crear una poesía social sin concesiones ni falsos imperativos sociales. De ellos, Vega Albela y Quintero Alvarez murieron demasiado pronto; Solana, solicitado por vocaciones de índole muy diversa y entregado al teatro y al periodismo, dejó para la poesía lo menos rescatable de su talento; Huerta, también vinculado estrechamente con el periodismo (ese enemigo mortal de la poesía en México), sólo esporádicamente retorna a la poesía. Beltrán, desde 1953 no publica. Únicamente Octavio Paz ha continuado en el ejercicio constante de su primera vocación<sup>3</sup>.

<sup>2</sup> Ibid., p. 20.

<sup>3</sup> Carlos Monsiváis, *La poesía mexicana del siglo XX* (Antología), México, Empresas Editoriales, 1966, pp. 55-56.

La guerra de España iba a traer a tierras mexicanas a un sinnúmero de refugiados de la España republicana, cuya contribución a la cultura de su país de adopción no será nunca subrayada como merece. (Yo viví aquellos años y creo ser buen testigo de una emigración de la que fui parte). Octavio Paz había estado en España en 1937 —Madrid y Valencia—, participando en un congreso de intelectuales antifascistas— y allí había conocido a escritores y artistas, entre otros al grupo en torno a la revista *Hora de España*. No es de extrañar, pues, el que encontremos nombres de españoles entre los colaboradores de la nueva revista. Por ejemplo: los artistas ilustradores de la revista son Ramón Gaya (español refugiado), José Moreno Villa (igual), Juan Rejano (idem), junto a los mexicanos Jesús Guerrero Galván, Juan Soriano y otros. El secretario de la revista, Juan Gil Albert, era refugiado republicano español. Antonio Sánchez Barbudo, también español exiliado, fue colaborador asiduo, y también lo fue José Herrera Petere, otro español refugiado. También colaboraron otros españoles exiliados como, María Zambrano, José Bergamín, y Francisco Giner de los Ríos. Cabe también señalar que el equipo de *Taller* no fue rival, sino más bien amigo, de los “Contemporáneos”. La posición de *Taller* frente a ellos queda precisada en el número 2 de la revista, en una nota que es una declaración de principios. Desde el primer número, en el que publica una reseña, Xavier Villaurrutia fue constante colaborador. Y también publicaron con frecuencia en la revista Jorge Cuesta, Carlos Pellicer y Bernardo Ortiz de Montellano. El que no publicó en la nueva revista, en cambio, fue Salvador Novo, que en aquellos años se dedicaba a un periodismo algo turbio y propicio a Hitler y al fascismo: la revista lo rechazó desde el principio y nunca le pidió que colaborara.

Klaus Müller-Bergh subraya que la nueva revista era en realidad el resultado de la fusión de dos revistas anteriores, en las que Rafael Solana había tenido gran influjo, y en cierto modo su actuación fue substituida por Paz en la nueva revista:

Con la fusión de “Los barandales” y *Taller Poético* en una sola organización, la revista ahora se llama sencillamente *Taller*, y a partir del quinto número adquiere un nuevo editor, Octavio Paz. En el ensayo “Poesía mexicana moderna”, el poeta explica las inquietudes y los propósitos de su generación. Para no caer en una fórmula simplista recapitulo las ideas fundamentales de este manifiesto y cito las palabras del escritor, reduciendo el ideario de este grupo a cuatro puntos principales: 1. La actitud frente al lenguaje constituye una de las preocupaciones centrales. Los jóvenes no se limitan a ver la palabra como “medio de expresión”, sino que buscarán más bien la palabra original, por oposición a la palabra “personal”. 2. A Paz y a sus coetáneos les interesa la poesía como experiencia, como algo que tiene que ser vivido. La poesía es actividad vital más que ejercicio de expresión. Ven en ella una de las formas más altas de comunión. Amor y poesía

son las dos caras de una misma realidad. El amor, como la poesía, es una tentativa por recobrar al hombre adánico, anterior a la escisión y a la desgarradura. La poesía es un "salto mortal", experiencia capaz de sacudir los cimientos del ser y llevarlo a la "otra orilla". 3. Esta concepción de la poesía impone al grupo de *Taller* la doble consigna de cambiar al hombre y cambiar la sociedad. La poesía es capaz de transformar el hombre, el mundo y la sociedad, puesto que el poema es un acto, por su naturaleza misma, revolucionario. La actividad poética y la revolucionaria se confunden y son lo mismo. Cambiar al hombre exige el previo cambio de la sociedad. Y a la inversa. Para la mayoría del grupo, amor, poesía y revolución son tres sinónimos ardientes. 4. Por las razones ya expuestas, los poetas de *Taller* sienten una afinidad por los místicos españoles, los surrealistas, D. H. Lawrence, algunos románticos alemanes e ingleses. Octavio Paz admira a Goethe, Novalis, Heine, Blake, Rimbaud. Todos leen poetas contemporáneos de lengua española tales como Luis Cernuda, Vicente Aleixandre, Pablo Neruda, Juan Larrea, Emilio Prados, Federico García Lorca, Manuel Altolaguirre y Rafael Alberti, porque estos escritores parecen haber asimilado ciertos valores del surrealismo y ciertas actitudes poéticas que también seducen a los jóvenes mexicanos: la afirmación intransigente de la imaginación, del amor y la libertad, como fuerzas únicas capaces de consagrar al mundo y volverlo de veras "otro". Hasta aquí, las palabras y el pensamiento de Paz sobre la formación espiritual y los anhelos de su generación<sup>4</sup>.

Este resumen de Müller-Bergh nos permite concluir que algunas de las ideas centrales de libros posteriores de Paz, —y pienso ahora en *El laberinto de la soledad* y *El arco y la lira*— estaban ya germinando en la época en que se fundaba *Taller*. Pero quizá, para una mejor comprensión del ambiente que dio origen a *Taller*, habría que escuchar al propio Paz. Esto es lo que escribe al respecto en una especie de prefacio que preparó para la edición facsímil de la revista, edición utilísimas, indispensable, ya que los números originales de *Taller* son hoy una joya que pocas bibliotecas poseen<sup>5</sup>:

Entre 1935 y 1938 el observador más distraído podía advertir que una nueva generación literaria aparecía en México: un grupo de muchachos, nacidos alrededor de 1914, se manifestaban en los diarios, publicaban revistas y libros, frecuentaban ciertos cafés y concurrían juntos a las salas de teatro experimental, a las exposiciones de pintura, a los conciertos y a las conferencias. También

<sup>4</sup> Klaus Müller-Bergh, "La poesía de Octavio Paz en los años treinta", en *Octavio Paz*, edición de Alfredo Roggiano, Madrid, Espiral/figuras, 1979, pp. 56-57.

<sup>5</sup> Texto de Paz que lleva la fecha 1981 y aparece en las páginas de introducción en la edición facsímil de *Taller* hecha por el Fondo de Cultura Económica, México, 1942, p. 21.

asistían —gran diferencia con la generación anterior— a las reuniones políticas de las agrupaciones de izquierda. Las relaciones de esta generación con la precedente (los *Contemporáneos*) eran ambiguas: los unía la misma soledad frente a la indiferencia del medio, no pocas veces transformada en hostilidad, y la comunidad en los gustos y preferencias estéticas. Los jóvenes habían heredado la “modernidad” de los *Contemporáneos*, aunque casi todos ellos no tardaron en modificar por su cuenta esa tradición con nuevas lecturas e interpretaciones; al mismo tiempo, sentían cierta impaciencia (y uno de ellos verdadera irritación) ante la frialdad y la reserva con que la generación veía a las luchas revolucionarias mundiales y a su no velado desvío ante la potencia que, para ellos, encarnaba el lado “positivo” de la historia: la Unión Soviética. Sin embargo, la mayoría de los jóvenes experimentaban igual repugnancia ante las dos doctrinas estéticas que en aquellos años eran utilizadas como proyectiles contra los escritores independientes: el “nacionalismo” y el “realismo socialista”. La polémica sobre la libertad del arte fue el comienzo de sus diferencias con el marxismo en sus distintas versiones: esas diferencias, al cabo de unos pocos años, se hicieron, para la mayoría de los jóvenes, más y más profundas e insalvables<sup>6</sup>.

Paz indica también que aunque la revista coincidió cronológicamente con el gobierno de Cárdenas, no fue una revista cardenista. Los jóvenes que la organizaron y dirigieron simpatizaron con Cárdenas cuando se opuso a Calles, y aplaudieron también muchas de sus medidas económicas y sociales y su política internacional: la ayuda a la República Española, el asilo a Trotzki y a las víctimas del fascismo y el hitlerismo. “No puedo decir lo mismo de su política educativa y cultural: la ‘educación socialista’, la hostilidad contra la Universidad, la protección impartida a muchos y mediocres artistas y escritores que se llamaron ‘revolucionarios’. En *Taller* nadie profesó —salvo quizá Efraín Huerta— la doctrina del ‘realismo socialista’ ... Una ojeada a los doce números de *Taller* revelará nuestra escasa simpatía por el arte nacionalista y la literatura de propaganda”<sup>7</sup>.

Como todas las revistas minoritarias no oficiales, *Taller* tuvo una vida llena de dificultades económicas, vida precaria y breve. Tres nombres destacan entre los que mayor ayuda le dieron: Rafael Solana, que tuvo la idea inicial y ayudó a fundar la revista; Eduardo Villaseñor, banquero ilustrado y uno de los pocos mecenas del México contemporáneo, y José Bergamín, que acababa de fundar la editorial Séneca, donde se publicaría la hermosa antología *Laurel*. Así lo explica Paz:

---

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 15.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 16.

El primer número de *Taller* definió el temple de la nueva generación. Mejor dicho: de su primera promoción pues unos años después apareció un segundo grupo, el de *Tierra Nueva*. Después de publicado el primer número de *Taller*, Solana hizo un viaje a Europa y nos dejó por una larga temporada. Nos encargamos de los tres números siguientes Quintero Alvarez y yo. Huerta nos ayudó a veces y también, a su regreso, Solana. Pero ninguno de los dos tenía mucho tiempo libre. Esos tres números no hubieran aparecido si no es por el generoso apoyo de Eduardo Villaseñor que nos regaló el papel. En eso llegaron los republicanos españoles. Entre ellos se encontraban algunos de los jóvenes que habían hecho en Valencia y Barcelona la revista *Hora de España*. Se me ocurrió invitarlos para que formasen parte del consejo de redacción de *Taller*. La mayoría de mis amigos aprobó la idea y así ingresaron en nuestra revista Juan Gil Albert, Ramón Gaya, Antonio Sánchez Barbudo y Lorenzo Varela. Más tarde invitamos a otros dos mexicanos y a un español: José Alvarado, Rafael Vega Albela y Juan Rejano. Se nombró a un director y a un secretario: Octavio Paz y Juan Gil Albert. Al mismo tiempo, conseguimos una pequeña ayuda económica de la Editorial Séneca (José Bergamín). Así logramos publicar ocho números más<sup>8</sup>.

Antes de que desapareciera *Taller* vio la luz otra revista animada por jóvenes. Durante unos meses vivieron ambas revistas, ya que el primer número de *Tierra Nueva* llevaba la fecha de enero-febrero de 1940, que es la misma que tuvieron los números octavo y noveno de *Taller*, reunidos en una sola entrega. La revista se publicó cada dos meses y los responsables, cuyos nombres aparecen en la contracubierta desde el primer número, eran Jorge González Durán, José Luis Martínez, Alí Chumacero, y Leopoldo Zca. La revista nació auspiciada por la Universidad, como señala José Luis Martínez:

En 1939 Jorge [González Durán] logró convencer a un hombre generoso, el licenciado Mario de la Cueva por entonces Secretario General de la Universidad Nacional, de que hiciera algo en verdad excepcional: que la Universidad imprimiera y entregara una revista literaria que harían unos muchachos estudiantes de los que no se sabía nada y cuyo único crédito era su palabra. Cuando todo estuvo dispuesto, visitamos una vez y otra vez a Don Enrique Díez-Canedo y a don Alfonso Reyes en busca de todos los consejos. Don Alfonso bautizó la revista: *Tierra Nueva* y aquella idea de González Durán logro tener una vida venturosa que nos abrió el mundo de las letras, hasta que, a fines de 1942, nosotros mismos decidimos darle término.

Cuando andábamos en las pláticas iniciales para darle forma a *Tierra Nueva*, Jorge advirtió que necesitábamos un filósofo en el cuerpo de redacción, y nos

---

<sup>8</sup> Ibid., p. 21.

dimos a buscarlo. Asistíamos por entonces a los memorables seminarios del doctor José Gaos, recién llegado a México con los demás maestros de la inmigración española, y en aquellos cursos, que tan honda influencia tendrían en la formación de varias generaciones, comenzaba a destacarse un joven algo sombrío pero capaz de una concentración y una disciplina sin par, Leopoldo Zea. Aprobamos la elección, nos hicimos amigos del incipiente filósofo que soñaba hasta hacía poco con ser poeta y a quien esperaban tantos triunfos intelectuales, y Leopoldo Zea fue desde entonces el filósofo del grupo y quien luego atrajo a la revista a otros jóvenes pensadores: Manuel Cabrera y Juan Manuel Terán<sup>9</sup>.

Carlos Monsiváis define así esta revista: "... una revista más bien antológica, sin demasiadas pretensiones polémicas, que aspira a mostrar, a través de la unidad de las generaciones, la riqueza, y variedad de la literatura mexicana. Surge cuando el país le cobra apego a la institucionalidad y pide, en el avilacamachismo, la estabilidad que autorice el desarrollo de la burguesía nacional, cansada de verse representando una función demagógica por completo extraña a sus intereses ... De la literatura ya no se piden consignas ni motines, sino seguridades: la certeza de habitar un país con tradiciones vastísimas, la certidumbre de un genio nacional ... la seguridad de un carácter específico, y ¿por qué no?, portentoso"<sup>10</sup>.

En *Tierra Nueva* predomina el interés por la poesía lírica. La cultivan Chumacero, González Durán, Manuel Calvillo entre otros. También hay interés por la crítica literaria y la historia de la literatura: José Luis Martínez es constante colaborador. Zea se ocupa de filosofía. En el primer número destacan colaboraciones de Juan Ramón Jiménez y Alfonso Reyes, al lado de nombres más jóvenes. Comienza una época en que el interés por lo mexicano será el tema de ensayos de tipo filosófico influidos por el existencialismo. Ensayos de Samuel Ramos, Leopoldo Zea, Enrique Uranga, José Gaos. Tanto las viejas generaciones como las nuevas, y ambas reforzadas por los españoles *trasterrados*, como los llamó el propio Gaos, colaboran en esta tarea. Lo notable es que esta promoción está formada por un grupo de poetas que, sin embargo, no quieren que la revista se ocupe únicamente de poesía, y por ello la abren a la crítica literaria, al ensayo antropológico y filosófico. En cambio, la novela y el teatro interesan menos.

Parece indispensable en este momento tratar de formular algunas conclusiones acerca del sentido y la influencia de las dos revistas, *Taller* y *Tierra Nueva*. Creo que deberíamos evitar dos extremos, que consisten en exagerar su importancia y su influencia o bien, en el extremo opuesto, dar por sentado que esta

<sup>9</sup> José Luis Martínez, "El trato con escritores", en *El trato con escritores*, México, INBA, Departamento de Literatura, 1961, pp. 117-118.

<sup>10</sup> Monsiváis, op. cit., p. 59.



importancia es menor que la del grupo de *Contemporáneos*. Esto último es precisamente lo que parece declarar Rafael Solana:

*Taller*, lo repito, jamás persiguió finalidad social alguna, y fue una revista solamente artística, y no significó un cambio de postura frente a los "Contemporáneos", sino una prolongación de las ideas culturales y estéticas de aquella generación, de la que sólo éramos, nunca pudimos ser nada más, como la cola del cometa, actitud que también ha venido a ser exactamente la asumida por la generación siguiente a la de *Taller*, que fue la de *Tierra Nueva*, que al continuar con los mismos ideales de *Taller*, aunque haciendo mejor las cosas, no vino a ser sino la continuación de una continuación o el eco de un eco; ninguna de las dos promociones literarias que estamos esta noche recordando, ni la de *Taller* ni la de *Tierra Nueva* tuvo ni tiene, ni siquiera en la brillantísima y sobresaliente personalidad de Octavio Paz, ni un poeta tan esplendoroso como Carlos Pellicer ni uno tan profundo como José Gorostiza, ni uno tan lúcido como Jaime Torres Bodet, ni un prosista de la novedad, la gracia o la agudeza o la cultura de Salvador Novo, ni un crítico de la penetración, la inteligencia y la solidez de Xavier Villaurrutia, que fueron los valores más notables de aquel valiosísimo grupo ...<sup>11</sup>.

El hecho innegable es que los años en que se publican estas dos revistas (1938-1942) coinciden con la estabilización definitiva de la política —y la sociedad— mexicana, con el auge económico propiciado por el fin de la depresión económica mundial y la demanda de materias primas a raíz de la segunda guerra mundial, y con el enorme aporte cultural de los refugiados españoles al terminar en 1939 la guerra civil española con la derrota de la República. La literatura mexicana se prepara —y venía preparándose ya desde la publicación de *Contemporáneos*— a dar un gran salto hacia adelante, que le permitirá ponerse a la altura de las circunstancias. De España, primero, y después de toda Europa, solo llegan malas noticias; triunfo del franquismo, opresión, y luego guerra general, invasiones hitlerianas, destrucción y muerte. Mayor es, pues, la responsabilidad de los escritores mexicanos. Evitando todo estrecho nacionalismo, la generación de *Taller y Tierra Nueva* abre las páginas de sus revistas tanto a las generaciones anteriores como a las ideas procedentes de otros países y otras culturas; más sensitivos que la generación anterior a las circunstancias sociales y políticas, más interesados en la política izquierdista, no convierten, sin embargo, sus revistas en armas de propaganda ideológica. Calidad literaria y seriedad de pensamiento son normas de ambas revistas. Gracias a ellas, y gracias al ambiente cultural que las

---

<sup>11</sup> Rafael Solana, "Barandal, *Taller Poético*, *Taller*, *Tierra Nueva*", en *Las revistas literarias de México*, México, INBA, Departamento de Literatura, 1963, pp. 204-205.

ha hecho posibles, la literatura mexicana se prepara a producir obras que, aparecidas tan sólo unos años después de que se extinguen estas revistas, tendrán resonancia universal. Pensemos, por ejemplo, en los libros de poemas y de ensayos de Octavio Paz, en las novelas y los cuentos de Juan Rulfo y de Carlos Fuentes. En todos estos textos hay una seriedad de pensamiento y una emoción lírica que *Taller* y *Tierra Nueva* ayudaron a cultivar.